

LEOPOLDO GARCIA COLIN SCHERER*

Palabras del Dr. Leopoldo García Colín Scherer durante la ceremonia de entrega de los Premios Nacionales de Ciencias y Artes 1995, el 15 de diciembre de 1995*

Se me ha concedido el honor de hacer esta intervención en la ceremonia donde, además de testimoniar la entrega de los Premios Nacionales de Ciencias y Artes a distinguidos integrantes de la continuidad científica y artística del país, se conmemoran los 50 años de existencia de dichos Premios. Como miembro de uno de los jurados que intervinieron en la selección de algunas de las personas hoy laureadas, quisiera hacer algunas reflexiones sobre el significado de estos galardones.

Sobra decir que los Premios Nacionales constituyen el reconocimiento más elevado que la sociedad, a través del gobierno federal concede a la obra de excelencia de algunos integrantes de las diversas expresiones de la cultura en este país. Y uso aquí la palabra cultura en su sentido más amplio, pues suele ocurrir a menudo que al hablar de nuestro patrimonio cultural y en particular de las actividades culturales, se excluyan de ella a las científicas y tecnológicas. Se piensa frecuentemente que los intelectuales en México son aquellos que expresan abiertamente sus puntos de vista sobre los diferentes aspectos o manifestaciones de la cultura, sin incluir a los científicos y tecnólogos, como si éstos últimos no hicieran uso de su intelecto en sus actividades cotidianas. Vista la cultura como una unidad, cierto, en México hay una tradición muy arraigada de varios de sus componentes, en particular las incorporadas en cuatro de las áreas que componen el cuerpo del Premio Nacional de Ciencias y Artes. Las ciencias y la tecnología, son de hecho, los dos componentes más jóvenes de la tradición cultural del país y su arraigo en nuestra sociedad si no cuestionable, es debatible.

50 años es un lapso de tiempo que puede ser visto de varias maneras. Los científicos y en particular los físicos, tenemos la costumbre de visualizar a los fenómenos naturales en términos de escalas de tiempo. Así, 50 años es un intervalo de tiempo ridículamente pequeño si se compara con la edad del universo, la edad de nuestro planeta o aún de la aparición del hombre en la Tierra. Sin embargo, es del orden de magnitud de la vida activa promedio de un intelectual. La edad de los Premios Nacionales y de las actividades científica y tecnológicas en el país es entonces más o menos la misma. Es también evidente, que este intervalo de tiempo es todavía muy corto para realmente afirmar que existe un arraigo de estas actividades, contrario a las otras, que datan ya de hace varios siglos. No es pues sorprendente que a menudo se omitan de las alusiones que se hacen a nuestra cultura o patrimonio cultural.

Esta reflexión conlleva de inmediato a examinar la pregunta casi obvia sobre el impacto que los Premios Nacionales tienen en los integrantes de esta sociedad, en particular el sector más numeroso y en principio más promisorio, que son los jóvenes. No puedo hablar con autoridad alguna sobre lo que ocurre en el seno de los otros cinco jurados, pero en Ciencias, los que hemos tenido la oportunidad de intervenir en ellos varias veces, hemos percibido la creciente dificultad para designar a un galardonado por el número, también creciente de los otros candidatos, todos en general de una excelencia académica notable. Esto parecería indicar que después de 50 años la ciencia y la tecnología empiezan a tener una cierta tradición en el país. Sin embargo no debe uno dejarse llevar por este espejismo. Un análisis más cuidadoso de los candidatos a éste y otros galardones de prestigio, también indica que sus edades promedio aumentan, como si la comunidad científica y tecnológica estuviera envejeciendo y el número de jóvenes ingresando a ella, estuviese disminuyendo. Esto no es ficción. Por el contrario, constituye un fenómeno preocupante y alarmante a la vez. Su existencia está avalada por las cifras que año con año publica la ANUIES sobre la distribución de la matrícula universitaria la cual indica que alrededor del 70o de los estudiantes están inscritos en las áreas de Ciencias Sociales, Económico-Administrativas y Humanidades, escasamente un 13o elige una carrera asociada a la ingeniería básica (no administrativa) y menos de un 3o está en el campo de las Ciencias Físicas, Matemáticas y Químicas. Se podrían cuestionar ustedes qué relación existe entre este problema y los Premios Nacionales. Mi tesis es que la correlación no es despreciable.

Todavía no hemos logrado generar en nuestra juventud, la inquietud y la vocación por las actividades intelectuales creativas. Así como existen actividades deportivas en las cuales cientos de miles de jóvenes atletas se preparan para una justa deportiva y quizá tengan como meta, por ejemplo participar en los Juegos Olímpicos, sabiendo de antemano que sólo unos cuantos lo lograrán, la simple existencia de éstas y otras competencias similares, estimulan la excelencia deportiva o atlética”. “Practica un deporte y contribuye al fortalecimiento de la juventud”, o algo similar, dice una leyenda en un cartel que se imprimió hace algún tiempo para promover el deporte en México. Uno se pregunta por qué no hay una campaña similar que diga, dedícate a la ciencia y a la tecnología y contribuye al desarrollo del país. Dedícate a una actividad cultural y contribuye a fortalecer nuestro patrimonio cultural. Sé creativo. La culminación de una obra fecunda y constante debe ejemplificarse, a nivel nacional a través de los 200 y tantos galardonados con los Premios Nacionales, por haber realizado una obra de excelencia.

El rechazo casi masivo a las actividades culturales y en particular a las científicas y tecnológicas, pone en evidencia una falla grave en nuestro sistema educativo, sobre todo a nivel de la escuela primaria y del nivel medio. Como muestran las cifras arriba citadas, el principal defecto del sistema es ahuyentar al estudiante de las citadas actividades culturales y en particular de aquellas relacionadas con las llamadas ciencias duras, esto es, la física, la química y las matemáticas. Es necesario crear una mística en nuestra juventud mostrándole que una vida de entrega decidida a las diversas actividades culturales es fundamental para el progreso del país y puede redundar en reconocimientos tan importantes como lo son los galardones a que me he referido hoy. Reitero, no es el Premio en si lo que debe motivar una actividad. Es la imagen o modelo que deben proyectar los galardonados con esta distinción porque representan un nivel de excelencia que no Sólo es deseable, sino indispensable para el progreso y bienestar de la sociedad. Nadie estudia ni investiga, ni escribe poesía, ni compone música, ni realiza otra actividad similar Sólo con el fin de obtener un premio. La existencia de estos reconocimientos genera, o debe generar a través de los recipiendarios una competitividad sana que a su vez despierta un reto a la excelencia y finalmente a la creación de toda una infraestructura de calidad en una cierta disciplina que es la base de la existencia de una tradición cultural. En nuestra esfera cultural repito, el equilibrio no se ha alcanzado. La ciencia y la tecnología empiezan a tener cierto arraigo que puede considerarse como el inicio de una tradición. En otras disciplinas, sobre todo en las relacionadas con las actividades artísticas y humanísticas, esta tradición ya existe.

La enorme tarea que tenemos por delante los muy contados intelectuales con que cuenta México, es buscar precisamente un equilibrio en la esfera unitaria de la cultura. El día en que nuestros sucesores en los jurados de estos Premios realmente tengan que b “sudar la gota gorda” como se dice vulgarmente, para poder discernir entre una pléyade de candidatos de excelencia para designar a un galardonado, habremos logrado establecer una verdadera tradición cultural especialmente en el campo de la ciencia y la tecnología. Esperarnos que esto pase de ser un buen deseo a una realidad.